

ZOCOS, 29

ESCALAS EN EL MEDITERRÁNEO

© De la traducción, Juan José Delgado Gelabert

© Confluencias, 2023

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Jorge Sossa Musumeci

Impreso en España

ISBN: 978-84-127002-0-6

Depósito legal: AL 917-2023

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

HENRI DE RÉGNIER

ESCALAS EN EL
MEDITERRÁNEO

Traducción de

JUAN JOSÉ DELGADO
GELABERT



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

El <i>flâneur</i> se embarca	9
Prefacio	23
Desde la casa en que nací	27
Visitas del Mago	57
Escalas	59
Coloquio con el Mago	233
A bordo del <i>Velleda</i>	235
A bordo del <i>Nirvana</i>	249
Última visita del Mago	257

EL FLÂNEUR SE EMBARCA

*La vista de una brújula o de un ancla
siempre me ha hecho soñar.*

Acostumbrados a verlo atravesar la Piazza con su aire aristocrático, su aliño en el vestir y su porte elevado, haciendo resonar en el pavimento la punta de su inseparable bastón de caña con pomo —sus amigos lo llamaban cariñosamente *Stick*—, dirigirse al Florián para reunirse en las salas del célebre café, sentados sobre el rojo terciopelo de sus bancos adosados a la pared, bajo la pintura al fresco de un chino con coleta, «*debajo del chino*», con Edmond Jaloux, Jean Louis Vaudoyer, Charles du Bos, Abel Bounard, Emile Henriot, Julien y Fernand Ochsé, todos con sus *largos bigotes* «*de los que se hubiese podido arrancar con lupa unos cuantos mechones de Vercingetorix, unos*

pelos de Barbey d'Aurevilly, dos o tres de los Garçons de Flaubert y un último arrancado al León de San Marcos» (Paul Morand, *Venecias*), nos resulta extraño verlo ahora asomado al puente de un yate navegando por el mar Mediterráneo.

Es 1906, Régnier navega a bordo del yate *Nirvana*, propiedad de la condesa de Behague, había embarcado por la promesa de que el crucero acabaría en la ciudad del Adriático, «*En Venecia, en efecto, ha culminado nuestro largo crucero mediterráneo, y la promesa de que terminaría allí había sido uno de sus atractivos.*» (Henri de Régnier, *La altana o la vida veneciana*). No era la primera vez, puesto que antes, en 1904, ya se había embarcado en el *Velleda*, propiedad de Jean Elie Decazes, duque de Decazes, para una travesía similar. Ambos cruceros tuvieron un destino común: Constantinopla, la hermana oriental de Venecia, tan ligada a su historia y a su arte, donde Régnier pudo completar la visión de su amada ciudad «*¡Cuántas veces acaso, recorriendo las rutas marinas, no había encontrado el recuerdo de Venecia! En Constantinopla, ¿no encontré sus góndolas en los caiques del Bósforo?*» (*La altana*)

HENRI FRANÇOIS DE RÉGNIER había nacido el 28 de diciembre de 1864 en Honfleur, ciudad de la costa normanda en la desembocadura del Sena, donde el padre ejercía un empleo de inspector de

Aduanas; en *Escalas en el Mediterráneo* evoca su casa natal y su relación con el mar «*De esos recuerdos, de esas impresiones de mi infancia en Honfleur, he guardado el gusto por las cosas del mar.*» Pero, a los siete años, a causa de un ascenso que obtuvo el padre, la familia se trasladó a París, donde acabó su infancia marinera sustituyendo el feroz Atlántico por el calmado estanque de las Tullerías; tenía seis años y acaeció uno de los sucesos más tristes de su vida: la entrada de los prusianos en París en 1870.

Estudió en el *Collège Stanislas* y conforme a su posición social —su ascendente familia aristócrata— tuvo el deseo de ejercer la carrera diplomática, para ello estudiará Derecho y más adelante pasará el examen de *Affaire étrangère*, pero su avidez lectora —leía cuanto caía en sus manos; Hugo, Musset, Flaubert y el teatro del XVIII fueron sus preferencias— que le llevó a escribir sus primeros versos, *Golondrinas*, lo desviaron de esa primera intención. La profesión de las letras avino mejor a su carácter, sensibilidad e inteligencia, corría el año 1879. Trabajaba en secreto en una obra de empeño *Amar la virtud* que se parecía al *Namouna*, de Alfred de Musset, pero un empleado del colegio se la confiscó. Un profesor de segunda enseñanza, Larroumet, que entretenía a sus alumnos con la lectura de *Tartarín de Tarascón*, leyó en voz alta las

composiciones de Régnier para burlarse de ellas; al viejo profesor esos versos del joven Régnier le parecieron ridículos; el discípulo, ofendido y humillado, no cejó en el empeño; veinte años después, convertido el profesor en crítico de *Le Temps* se sorprendió gratamente al encontrarse con la obra publicada de su alumno, aquel que escribía «*aquellas cosas tan grotescas*». Régnier que no se arredró con las burlas del profesor siguió deslumbrado por las letras y los libros, de los que se proveía en un salón de lectura de la calle Sèvres, o en los *bouquinistes* de los muelles del Sena que no tuvieron secretos para él.

Al tiempo que estudiaba Derecho colaboraba en revistas literarias; la revista *Lutèce*, en 1885, publicó sus primeros versos y artículos firmados como Hugues Vignix, seudónimo con el que reflejaba su admiración por Víctor Hugo y Alfred de Vigny. Publicó poemas y prosas en *Écrits pour l'Art* y en *Mercur de France*, los entonces medios de difusión de la escuela simbolista. A sus primeros libros de poemas *Les Lendemain* (1885) y *Apaisement* (1886) —publicado por su cuenta como era habitual en la época—, les siguieron *Sites* (1887), *Episodes* (1888), que luego reunió en *Primeros poemas*. Era el momento del parnasianismo de Leconte de Lisle y Heredia, a quienes sucedería el simbolismo,

capitaneado por Mallarmé. En 1889 Con *Poèmes anciens et romanesques* adquirió un notorio lugar como poeta en el panorama literario de su época.

Poeta fecundo, fiel al ideal clásico, sus poemas revelan influencias notables: Jean Moréas, Gustave Kahn, Leconte de Lisle, Sully-Prudhomme, con quien mantuvo una relación cordial hasta que polemizaron acerca del verso libre del que Régner se mostró claro partidario, aunque más tarde recuperaría ciertas formas tradicionales. Pero, por encima de todos, serán dos los poetas que ejercieron en el joven Régner su máxima influencia. El primero, Stephane Mallarmé. Durante diez años Régner concurre a los *mardis* del salón de Mallarmé en la calle de Roma, en él se encontró con escritores jóvenes que más tarde fueron muy célebres, allí conoció y entabló amistad con Pierre Louÿs, quien consideró que Régner estaba escribiendo sus más bellos poemas, acababa de publicar *Tel qu'en songe* (1892). El segundo fue José María Heredia, poeta y académico de origen cubano; se conocieron en 1888 y ocupó un importante lugar en la vida de Régner, pues además se convirtió en su suegro.

Heredia era director de la biblioteca del Arsenal y en sus recepciones figuraban las celebridades literarias de París; en casa de Heredia, Régner conoció a Leconte de Lisle y a Guy de Maupassant,

el cual ya padecía las alucinaciones que le condujeron a la locura; Maupassant nunca fue santo de la devoción de Régnier quien al morir aquel dijo «*los viajantes de comercio están de luto. Ya no sabrán qué leer*». Tras las reuniones, en las que monologaba Heredia, servían té en el salón las hijas del poeta, aficionadas también a las letras, Hélène, Marie y Louise. Las tres contrajeron matrimonio con sendos escritores, respectivamente con René Doumic (en segundas nupcias), Henri de Régnier y Pierre Louÿs.

En 1898 nació, Pierre de Régnier, *le Tigre*, habido de la relación adúltera de Marie con Pierre Louÿs, no obstante, el niño fue reconocido por Régnier. De la relación entre los esposos Régnier, sabidas las frecuentes infidelidades de Marie, se despachó a su gusto cada uno en sus novelas *La double Maîtresse* (1900) y *L'inconstante* (1903) que Marie firmó con el seudónimo de Gérard d'Houville.

Su obra poética fue abundante: *Aréthuse* (1895), *Juegos rústicos y divinos* (1897), *Las medallas de arcilla* (1900), *La ciudad de las aguas* (1902), *La Sandale ailée* (1905), *Le Miroir des heures* (1910); *Vestigia Flammae* (1921) que publicó tras cumplir cincuenta años, aunque no será el último pues en 1928 apareció *Flamma Tenax*.

La obra narrativa no quedó atrás. Esta comenzó en 1894 con los *Contes à soi même*, desde este libro alternará el verso y la prosa, considerada un destacado ejemplo de decadentismo. Su pasión veneciana lo condujo a la época dieciochesca, en la que situó sucesos e imitó el estilo con tal naturalidad que Mme. Bulteau dijo que cuando escribía estas historias de otro tiempo más que inventar, parecía que recordara. Sus historias se mueven en un ambiente artístico, refinado y decadente; ocasionalmente algunos de sus capítulos se tiñeron de los tonos verdes y rosas del viejo relato licencioso o adoptaron el tono de los autores de memorias del XVIII.

Estos libros de Régnier tuvieron una estrecha relación con las ilustraciones, son más de sesenta las ediciones ilustradas de las novelas de Régnier, ilustraciones tan famosas en ocasiones como el mismo texto, más atrevidas que ellos y que quizá contribuyeran a dar esa imagen alegre de las novelas de Régnier. Desde la más famosa *La amante doble*, que fue ilustrada en cuatro ocasiones, *El capricho* (1902); *Le Mariage de minuit* (1903); *Les Vacances d'un jeune homme sage* (1903); hasta *Les Recontres de M. de Bréot* (1904) que fue ilustrado ocho veces. Otros títulos fueron *El pasado viviente* (1905); *La Peur de l'amour* (1907); *La Flambée* (1909); *Romaine*

Mirmault (1914); *La Pécheresse, Histoire d'amour* (1920); *L'Escapade* (1925). *Moi, elle et lui* (1935) su última novela, en la que aparecen diseminados elementos biográficos, nunca ha sido ilustrada.

Desde que en 1899 visitara por primera vez Venecia, invitado por Augustine Bulteau y por Isabelle de la Baume-Pluvinel, quienes habían alquilado la Ca'Dario donde reunían a un nutrido grupo de artistas y escritores, la ciudad de los dux estuvo muy presente en la obra de Régnier. Y en su vida, puesto que tras esa estancia Henri de Régnier acudió a Venecia en otras once ocasiones, en busca de calma, paz y sosiego; era su manera de alejarse del mundanal ruido, sin renunciar al refinamiento extremo, callejeando sin rumbo, con el afán de quien remueve y pone en orden sus ideas. La Ca'Dario y su *altana*, su lugar predilecto, quedará para siempre unida al nombre de Régnier; allí, en el *sestiere* del Dorsoduro, en 1948 se colocó en la fachada del jardín del palacio que da al *campiello* Barbaro la siguiente inscripción: IN QUESTA CASA ANTICA DEI DARIO / HENRI DE RÉGNIER / POETA DI FRANCIA / VENEZIANAMENTE VISSE E SCRISSE / ANNI 1899 E 1901.

Venecia le inspiró poesías, novelas y cuentos *Poèmes d'Italie, La ciudad de las aguas, Contes de la France et d'Italie, Le divertissement provincial. El aparecido*

—quizá el relato que mejor refleja el ambiente artístico y literario de la Venecia *fin de siècle* que tanto apasionaba a Régnier—; *Contes vénitiens* (1927) *Le voyage d'amour ou l'initiation vénitienne* (1930). Mención aparte merecen los *Esbozos venecianos* (1906) y *La altana o la vida veneciana (1899-1924)* de 1928.

En 1908; se presentó a la Academie, para disputar el sillón de André Theuriet, pero no lo consiguió; al entrar en su casa cuentan que se dejó caer pesadamente en el sofá murmurando: «*José Maria! José Maria!*». En 1911 cuando disputó el sillón 39 de Melchior de Vogüé contra Pierre de Nolhac, fue elegido. Lo recibió al año siguiente el conde Albert de Mun, con un discurso que, tomó la apariencia de una crítica mordaz; si las pullas al recipiendario eran costumbre en las recepciones académicas, no se recordaba una crítica tan dura desde la entrada de Alfred de Vigny.

Henri de Régnier murió el 23 de mayo de 1936; sus últimas palabras fueron: «*Je vous en prie, après moi, pas de société d'amis*». Aun con ser un personaje clave de la literatura de finales del XIX y principios del XX, no ha sido un nombre destacado, pues la posteridad ha tratado con mayor fortuna a otros nombres de su tiempo, pero fue muy apreciado; entre sus admiradores se encontró Marcel Proust quien tuvo palabras elogiosas para este poeta y

novelista, ensayista y crítico literario, para quien la literatura no formó parte de su vida, porque fue la razón de su vida que consistió en escribir sin descanso y con ideas claras: «*Jamás he buscado al escribir algo que sea otra cosa que el placer delicioso y siempre novedoso de una ocupación inútil*».

ESCALAS EN EL MEDITERRÁNEO

Al toparnos con el relato de un itinerario concreto *Escalas en el Mediterráneo* fue concebido como un auténtico libro de viaje, quizá el único de Régner como tal, puesto que *Esbozos venecianos* a pesar de que sus textos nazcan del viaje, más en concreto de sus estancias venecianas son más unas impresiones líricas, inspiradas por diversas situaciones, objetos o personajes de Venecia, y *La altana o la vida veneciana*, donde sí aparece la visión de un recorrido, su contenido, provocado por el tono de memorias, de recuerdo, es mucho más heterogéneo. Recientemente se ha publicado *En Espagne* libro que recoge las crónicas de unos itinerarios por España aparecidos en *La Revue de Deux Mondes* en 1930.

No obstante fue un viajero inquieto: en 1892 visitó Bretaña acompañado por André Gide; el cálido sur de Provenza lo deslumbró; otras ciudades de Italia, Florencia, Roma, le ofrecieron sus encantos; incluso atravesó el Atlántico para

visitar Nueva York, Chicago y Nueva Orleans, pero ninguna ciudad le inspiró como Venecia, salvo Estambul. Sin duda el claro objeto de que el *flâneur*, el callejero, se embarcara, fuera visitar la ciudad más hermanada con su amada Venecia, Constantinopla, que antaño había sido la romana Bizancio y que luego sería la otomana Estambul.

Para escribir *Escalas en el Mediterráneo* Régnier echó mano de los cuadernos que había llevado consigo en los dos cruceros mencionados: en 1904 a bordo del *Velleda* y en 1906 a bordo del *Nirvana*. Como los dos cruceros realizaron un periplo más o menos similar no había ningún interés en señalar qué visita se hizo en 1904, cuál en 1906, lo fundamental era evocar por medio de las notas y del recuerdo, las impresiones recibidas en los dos trayectos indiferenciados acompañado por su esposa Marie de Régnier y su hijo Pierre, además de otros amigos.

El recorrido: ambos yates zarparon desde Marsella y realizaron las mismas escalas: Bonifacio en Córcega; Nápoles, Pompeya, Paestum y Sorrento en la costa tirrénica; Palermo, Taormina y Agrigento en Sicilia; La Valeta en Malta; Grecia dio ocasión a varias y significativas escalas: Katákoló, Olimpia, Zante, Patras, Corinto, El Pireo, Atenas, Calcis, Skiathos, el monte Athos; pero el grueso de

la navegación transcurriría entre los Dardanelos y el Bósforo; Estambul, en particular, donde acaeció el encuentro con el escritor Pierre Loti, seudónimo de Julien Viaud, comandante del crucero de la armada francesa *Le Vautour*, pero también Rumeli Hisari, Therapia, Beycoz, Anadolu Kavagi, Bursa, Muradiye; siguieron diversas escalas en ciudades e islas del mar Egeo: Ténedos, Edremit, Lesbos, Bodrum, Rodas; en Chipre, Nicosia, pero sobre todo Famagusta que le recordó la tragedia de Marcantonio Bragadino; Beirut y Damasco; Candía y Cnosos en Creta. Los cruceros finalizaron de forma diferente, el *Velleda* arribó a Túnez, Cairuán y Argel, desde donde regresarían a Francia en paquebote; el *Nirvana* finalizó su periplo en el Adriático: Corfú, Dubrovnik, Split y la prometida Venecia.

Nuestra edición es la traducción de la primera edición de 1931 por Flammarion, la acompañamos con fotografías reales de ambos viajes extraídas de uno de los álbumes de fotografías y retratos familiares de Marie de Régnier.

Juan José Delgado Gelabert

*Luego volveré, amable destino.
Contemplar tu azur, ¡oh Mediterráneo!*
Victor Hugo, *Ruy Blas*, acto IV.

Iremos hacia el sur...
Gustave Flaubert.
Las tentaciones de san Antonio

PREFACIO

Esta noche me embarco en el crucero más hermoso, el que realizamos por los mares de la memoria, en compañía del recuerdo, en el que reencontramos algo de nosotros mismos en el aspecto de las nubes, en el color de las olas, en la curva del horizonte, en el gusto del aire que respiramos, en la luz, en el viento, en el silencio. Me embarco, esta noche, en el crucero del recuerdo.

Hacía mucho tiempo que soñaba con este viaje y en verdad no sé qué me impedía emprenderlo puesto que no depende de las condiciones materiales que, comúnmente, según su bondad o su maldad, ponen obstáculos a nuestros proyectos o los favorecen. No tenía en cuenta pues las

circunstancias variables que unas veces nos retienen donde estamos, otras nos permiten estar donde querríamos, pero ¿no tiene sus contratiempos la libertad y es tan fácil creer que disponemos de nosotros mismos y que armonizamos deseo y voluntad? Hace falta, para que se produzca este acuerdo, la intervención de un poder misterioso que nos convenza de que ha llegado la hora de no tardar más en decidirnos a lo que nada nos obliga a aplazar, salvo la obscura aprensión de que el cumplimiento de un objetivo mucho tiempo aplazado a mañana nos prive del placer de retenerlo en reserva para una indeterminada ocasión, porque a pesar nuestro tememos reavivar realidades de las que hemos hecho sueños y ¿acaso no es en las resurrecciones del recuerdo que tendré que confiar las imágenes que voy a pedir al pasado?

Estamos preparados. Sin embargo, nos preguntamos ¿es más prudente tergiversar así y no arriesgarnos, a fuerza de prórrogas, ya no estar, un día, en estado de dar al recuerdo el sólido y vivo apoyo de las realidades cuyo depositario es y cuyo intérprete debe ser? ¿Acaso no hay un momento en que seremos incapaces de proporcionarle la materia que le corresponde poner en juego? ¿Acaso no hay otro, por el contrario, que será especialmente propicio para que tome y fije

el espectáculo que le propone nuestra memoria? ¿Acaso no hay un instante en que se mezclan a partes iguales lo que nuestros ojos retuvieron como real y lo que nuestro espíritu añadió representándolo? Pero, este instante favorable, ¿quién nos lo indicará?, ¿quién nos dará la señal de partida? y, esa señal, ¿será un gesto del azar o algún imperceptible movimiento llegado desde lo más secreto de nosotros mismos, misterioso remolino del agua del puerto, traicionera subida de la marea, soplo ligero del viento en la arboladura?

No podría decir con exactitud de dónde me llegó el aviso al que voy a obedecer que casi tiene el carácter de una orden, pero a menudo sentí que estaba preparado para dejar que se despertaran todas las imágenes conservadas en mi interior, desde el tiempo en que, por dos veces, disfruté del encantamiento de vivir entre el mar y el cielo, al ritmo del oleaje, en la saludable pureza del aire salino, en la libre y magnífica ociosidad del viaje. Ocurrió, en efecto, por dos veces que queridos amigos me ofrecieron el placer de cruzar por el Mediterráneo, la primera, en 1904, a bordo del *Velleda* del duque de Decazes, la segunda, en 1906, con la condesa de Behague, a bordo de su *Nirvana*. La duración y los itinerarios de ambos cruceros fueron más o menos los mismos. Uno y otro se

llevaron a cabo durante los meses de verano, y de lo que me dejaron en los ojos y en el espíritu se compondrá lo que emprendo esta noche, que se hará de impresiones y de recuerdos libremente superpuestos. No me limitaré a los recorridos ya efectuados, tampoco observaré el orden de sus escalas. A través de mi memoria navegaré según mi fantasía. Ella me conducirá, me guiará, me detendrá. Ella me dirá que lance el ancla o que largue la amarra. A ella me confío para el crucero más hermoso, el crucero del recuerdo...